tú y Pepe, me estaba diciendo mi madre que eras muy buena...

—Sí, porque ella es una santa—dijo Isabel dejando asomar un relámpago de satisfacción á los ojos,—y juzga á los demás por sí misma.

—Cosa que no sueles hacer tú, por lo que se ve, y á eso íbamos. Es extraño, te decía, que siendo tú tan buena, formes de los demás unos juicios tan desfavorables... ¿Por qué había yo de mentirte?

—¿Qué sé yo?... Porque en esa materia es costumbre y...

Habíamos llegado abajo.

Las jacas de Salceda, al oirle hablar, movieron las cabezas como aprestándose á salir, é hicieron gran ruido con los cascabeles.

—Si la incomoda á usted eso—dijo Luis á mi madre, que se había estremecido un poco por lo brusco é inesperado del repique, —las quitamos los collares... Se quitan en un momento.

—No, no me incomoda—le contestó.—Al contrario, es un ruido simpático y alegre.

Nos despedimos otra vez mi madre y yo de Isabel y de Pepe; se despidieron éstos de Salceda con los ofrecimientos de rúbrica; nos pusimos en el coche, y partieron las jaquillas á trote largo.

El camino de La Festosa á La Blanca es muy variado y pintoresco, de suerte que el viaje resulta entretenido. Lo más del tiempo se va viendo el mar, y cuando no, faldeando sombríos hayedos ó cruzando espesos castañales. A un lado y á otro se dejan pueblecillos, caserías y palacios. Se sube una varga, se baja otra; se hace ahora una curva contra la izquierda, y luego otra contra la derecha; se va un rato por entre maíces, cuyos penachos cenicientos mece sin cesar el aura marina, y se bordea después un campo laderiego plantado de manzanales, cuyas manzanas bajan rodando hasta la carretera; se pasa un reguero, se sube á una collada donde hay un ventorrillo, se vuelve á ver el mar desde una loma, y se vuelve á perder de vista para caer en un vallejo, en cuyo fondo se ven unas casas muy blancas y unos prados muy verdes...

Todo así... sin norma, sin uniformidad, sin rigidez, sin amaneramiento, sin sistema... todo variedad, todo soltura, todo placidez, todo amenidad, todo animación, todo alegría...

Y todo hacía falta aquella tarde, á lo menos para mí, que me sentía invadir y dominar por la tristeza de un modo terrible.

Salceda, que conocía bien el país, iba di-

ciendo á mi madre los nombres de los pueblos y de los montes, la historia de los palacios y de sus dueños, no siempre laudable esta última ni digna de ser imitada. Yo apenas atendía.

—En esa casa—nos dijo, señalando una que dejábamos á la izquierda en un alto, —escribió Zorrilla *El cantar del romero*, una de sus últimas obras... Había sido amigo del dueño allá en Méjico, y en una temporada de verano que vino á pasar aquí con él, escribió esa leyenda.

—No la conozco—dijo mi madre,—y eso que he leído mucho á Zorrilla, pero allá antes... Dicen que sus obras últimas no son como las otras; que ha decaído mucho...

—Sí, es verdad—dijo Luis:—*El cantar del romero*, verbigracia, no es como *A buen juez, mejor testigo*...

—¡Ay, qué hermoso es aquello!—le interrumpió mi madre.—Es un encanto aquella leyenda...

—Ni como *El Capitán Montoya*—continúo Luis,—ni como *Margarita la Tornera*...

—Otras dos preciosidades...

—Pero crea usted que con decadencia y todo, las últimas obras de Zorrilla son mejores que casi todo lo de actualidad, y aunque otra cosa digan, para sí las quisieran todos esos que, faltos de numen y de inspiración y de creencias y hasta de oído, presumen por ahí de poetas, sin ser más que versificadores... medianos.

—¡Vengan esos cinco!—le dije á Luis cogiéndole y apretándole la mano,—y contigo me entierren...

—Me alegro de que pienses lo mismo que yo,—dijo él.

—Lo mismo exactamente. Ya ves que hoy es moda tener en poco á Zorrilla...

—Sí, y es cosa corriente entre los críticos hablar con desprecio de sus versos, por lo regular sin haberlos leído, tomando por base los defectos de que el mismo Zorrilla, con cristiana humildad, con castellana franqueza y con notoria exageración, se ha acusado en sus *Memorias del tiempo viejo*. Mas á pesar de esa crítica superficial, y más que superficial, injusta y apasionada, por tratarse de un poeta cristiano...

—Es verdad—dijo mi madre:—los escritores de ideas liberales, enemigos de la Religión, como son casi todos los que hoy figuran, no pueden perdonarle á Zorrilla el que en pleno siglo XIX y en plena revolución irreligiosa, haya tenido el valor de confesarse en sus versos ferviente cristiano y hasta devoto de la Virgen.

—Bueno: pues á pesar de esa crítica injusta y sectaria, tengo yo por seguro que las obras de Zorrilla serán casi las únicas

que pasen á la posteridad de entre las literarias de este siglo... ¿Quién creen ustedes que se va á acordar, por ejemplo, de Quintana, del *gran* Quintana, del oficialmente coronado Quintana, dentro de cien años, si los dura el mundo?... Nadie... Y eso que los inocentes de los Escolapios han obligado á una gran parte de la presente generación á leer su oda «al mar», incluyéndola en un florilegio, ó más bien *feilegio,* puesto como apéndice al tomo III de la colección de *Autores latinos*... ¿Quién se acordará de aquí á cien años de D. Alberto Lista, el ilustre majadero que profanó la muerte de Jesús *cantándola* en versos detestables? ¿Quién se acordará de aquel otro cura liberal y cortesano, D. Juan Nicasio Gallego, ni de su protector el Duque de Frías, ni de Gil y Zárate, ni de Hartzenbusch, ni de Ventura de la Vega, ni de García Gutiérrez, ni del Duque de Rivas, ni del Marqués de Molíns, ni del de Valmar, ni de otros cien que han figurado en este siglo como poetas?... ¿Quién sabrá que han existido Echegaray, Galdós, Balart y otros así, con quienes las logias masónicas y los babayos que, sin saber lo que se pescan, las hacen coro, meten ahora tanto ruido?... En cambio, los versos de Zorrilla serán entonces más populares que son los de Calderón ahora, no porque sea Zorrilla

más poeta que Calderón, sino porque sus versos tienen no sé qué de más fácil, de más fluido, una mayor riqueza de armonía y de claridad que hace que se peguen más al oído y al entendimiento...—

Continuó Salceda hablando con entusiasmo de Zorrilla, y recitando, en prueba de sus juicios, versos muy hermosos que sabía de memoria. Luego habló algo también de Espronceda y de Campoamor, poetas los dos, en su sentir, de gran valía y muy simpáticos, el primero por su entonación varonil y robusta, y el segundo por su gracia inimitable; pero ninguno de ellos con tantas condiciones de adaptación á la inteligencia y al sentimiento del pueblo como Zorrilla; ninguno con tanto derecho á la popularidad en España, porque ninguno es tan cristiano.

Abundaba mi madre en las ideas de Salceda respecto de Zorrilla, y yo también, por lo cual, mientras duró aquella conversación, estuve algo animado; pero en cuanto se pasó á otro asunto, volví á caer en mi abatimiento.

Cuando estábamos ya llegando á La Blanca, nos dijo Salceda:

—Pararemos aquí, si á ustedes les parece, en casa de *Neluco,* y él mismo se encargará de hacer llevar el baúl á la fonda de Playa: es buena persona...

—Sí, ya le conocemos—dije yo:—paramos ahí también cuando vinimos de Madrid.

—¡Ah! entonces con más motivo,—dijo Luis. Y añadió dirigiéndose al cochero cuando llegamos enfrente de la puerta:—Para, Pedro, para.

Obedeció el criado, se bajó Salceda del coche, y dió la mano á mi madre para que bajara, diciéndola:

—¿Qué refresco quiere usted tomar?... Aunque aquí no habrá mucho en qué escoger... Alvaro y yo beberemos unos vasos de sidra, que debe de estar buena, porque está muy verde el ramo.

—En eso no se fíe usted, D. Luis, porque estos ramos ya no rigen,—dijo saliendo del ancho y barrido portal de la posada Neluco, que era... lo que este nombre significa allí, un Manuel de poca estatura.

El cual, después de saludarnos muy atento y hacernos sentar, no en los bancos y taburetes de madera que en el portal había, sino en unas sillas que sacó de la habitación de la izquierda, á donde no quisimos pasar nosotros porque estaba más fresco el portal, reanudó la explicación que había empezado á hacer á Salceda sobre la muestra de la sidra, diciendo:

—Pues, sí... estos señores no sé si sabrán, pero usted ya sabe, que, así como

para indicar que en un establecimiento se vende vino, se pone sobre la puerta una bandera encarnada, y si se vende también aguardiente, encarnada y blanca, para indicar que se vende sidra se pone un ramo. Y ya sabe usted también que la costumbre en este país era, el día que se espitaba una carral de sidra, cortar el ramo verde y ponerle de muestra, conservándole allí hasta que se acababa aquella carral y se espitaba otra. De este modo, por lo verde ó lo mustio que estaba el ramo, calculaba el pasajero con seguridad lo viva ó lo apagada que podía encontrar la bebida, según el tiempo que llevaba de estar abierta. Pero en esto entró la falsificación, como en todo... Hubo quien puso de muestra el ramo recién cortado sin espitar nueva cuba, y cuando la espitada estaba ya al medio... y hubo también quien le puso cuando la cuba tenía un mes de abierta y se estaba agotando... y hubo ya, por fin, quien renovaba el ramo todos los días. Y es claro, en haciéndolo alguno, ya no teníamos más remedio que hacerlo también los demás, so pena de perdernos. Pues como ustedes conocen, si en el parador de enfrente se veía un ramo recién cortado y en mi casa uno mustio ó casi seco, allá se iría el consumidor de buena fe huyendo de la sidra desmayada y buscando la recién abierta, aunque se lle-

vara chasco, porque el primero á cualquiera se le da; y no era cosa de salir al camino á decir á cada uno que pasara que aunque aquel ramo estaba más verde, la sidra se había espitado antes que la mía... Así es que no ha habido más remedio que hacer lo que hacían los demás y poner el ramo verde todas las mañanas... Por eso le he dicho á usted que no se fiara del ramo... Ahora que la sidra, como buena, lo está, ya lo verán ustedes; pero no se ha espitado esta mañana como el ramo indica, sino que está ya abierta desde el viernes... La verdad se ha de decir... Y no sólo á ustedes porque son amigos y personas respetables, sino que á cualquier desconocido que me pregunta si la sidra es del día, le desengaño con franqueza... Yo no sirvo para hacer papeles...

—Parece un hombre honrado,—dijo mi madre cuando Neluco se fué á traernos la sidra.

—Sí, es hombre de bien—dijo Salceda. —Y ha hecho dinero... Porque al principio, cuando se estableció aquí, estaba solo y tuvo gran consumo; y como trataba bien á la gente, aunque después le han venido competidores, la antigua parroquia no le ha abandonado...

Volvió Neluco trayéndonos un jarro de sidra que, en efecto, estaba buena y que

bebimos Salceda y yo, mano á mano. Al notar él que mi madre no bebía sidra, comenzó á ofrecerla otras cosas.

—También tengo buen vino blanco de Rueda... ó de Pozaldez, para que el diablo no se ría de la mentira; pero es bueno... lo mismo que Jerez... es de lo que decimos los asturianos que *fiede*... y una copita, si tiene usted delicado el estómago, conforta mucho.

—No, muchas gracias; si tengo bien el estómago y estoy bien...

—También tengo un vinillo de Villamañán muy ligero y muy bien embocado, un vino de señoras...

Comprendiendo mi madre que Neluco no quedaba satisfecho si no tomaba algo en su casa, le hizo traer un vaso de agua, unos terrones de azúcar y un poco de vinagre, y se preparó con estos ingredientes un vaso de agua posca.

Cuando le acabó de beber, y mientras se despedía de Salceda repitiéndole las gracias, ofreciéndole muy á finas veras nuestra casa en Madrid, y encargándole mucho que se dejara ver ó nos avisara la primera vez que fuera por la Corte, dí yo disimuladamente una propina al cochero, que ya nos había bajado el baúl, y luego me despedí también de Luis, que montó en el coche y partió á escape en dirección á Tras-

cumbres alegrando el contorno con el ruido de los cascabeles de sus yeguas.

Todavía sonaban en la cercanía cuando, después de encargar á Neluco la remisión del baúl, dí el brazo á mi madre y comenzamos á subir la vereda que conduce á la casería del Espinadal y de allí á la playa...

Comenzó mi madre á hablarme de Salceda, de quien había quedado muy complacida...

—Es extraño—me decía—que no me hubieras hablado nunca de este amigo tan bueno y tan agradable... Y no recuerdo de haberte oído hablar de él, ni de haberle visto, hasta que me le presentaste ayer cuando te fué á buscar para ir á las regatas...

—No se acordará usted, mamá; pero yo creo que alguna otra vez la habría hablado á usted de él antes de ahora... Aunque bien pudiera ser que no, porque no crea usted, que yo tampoco le he tratado mucho... Fuimos condiscípulos sólo el año del doctorado, y entonces sí, simpatizamos desde el principio é intimamos bastante. Pero después nos hemos visto poco. El se vino á su país, y aunque todos los años suele pasar en Madrid una temporada, mientras está allí nos encontramos alguna vez en la calle ó en algún teatro, hablamos un rato, y nada más. El día pasado le ví ahí,

en la Festosa, desde el balcón, y bajé á hablarle; recordará usted que se lo dije...

—Sí, ya me acuerdo.

—Ayer mañana nos vimos en la bolera, y al despedirnos me propuso que iría á buscarme después de comer para ir á ver las regatas. Fué, y entonces se le presenté á usted... Es él así, expansivo y cariñoso, y por eso ha estado con nosotros tan amable...

—Y nos ha hecho un gran servicio, porque hemos venido muy bien y á buena hora, mientras que de otro modo hubiéramos tenido que levantarnos mañana antes de ser de día y venir encajonados en la diligencia...

—Sí, ciertamente...

Después me fué hablando mi madre de Neluco, diciéndome el buen concepto que había formado de él, y yo me limitaba á expresar mi asentimiento á sus juicios con las menos palabras posibles...

Cuando se la acabó aquella materia, se quedó callada; callé yo también, y seguimos un rato andando en silencio. No podía esto menos de extrañarla, porque otras veces, cuando estábamos solos, era yo el que hablaba más, el que sacaba conversaciones, la contaba sucesos, la preguntaba cosas... Así es que en cuanto el silencio se prolongó un poco, me dijo:

—Pero, hijo mío, no hablas nada... ¿Qué

tienes?... Parece que estás triste... ¿Te ha pasado algo?

—No, mamá, no me ha pasado nada... sino que en este momento no me ocurría de qué hablar...

—No, si ya todo el camino te he observado que apenas hablabas... Estás como disgustado... algo te pasa...

—No, mamá, de veras: no me pasa nada grave... Puede ser que esté algo taciturno, porque al fin venimos de las fiestas, y ya sabe usted que hay un proverbio ó un refrán que dice:

Ninguno va á romería
Que no le pese á otro día;

y los refranes siempre tienen un fondo de verdad. De modo que nada tiene de extraño que me note usted alguna tristeza, algún pesar: el pesar del proverbio.

—¿Es decir, que te pesa haber ido á la Festosa?... Pues á mí no, hijo mío, y ya ves... no salió de mí, sino de tí, el que fuéramos... Pero ahora me alegro de que se te ocurriera esa idea y de haberla puesto por obra... No nos ha sucedido nada desagradable... más que lo del portero, y eso lo mismo nos pasaba estando aquí... Después hemos tenido la suerte, con que no contábamos, de encontrar allí á tu tía y tus primos... No sé yo por qué puede pesarte...

—Verdaderamente... por nada. Si se va á ver... No digo yo tampoco que sea lo que siento verdadero pesar... Es que mire usted, mamá: después de cuatro días de fiestas y bailes y diversiones, de incesante jaleo, de movimiento continuo; después de cuatro días en que los nervios han estado en tensión constante, viene el cansancio, la flojura, el abatimiento. Es más bien un efecto físico que moral, aunque en lo moral se refleje. Y á este abatimiento y á este cansancio es quizás á lo que el proverbio se refiere... Lo demás, créame usted, no me pasa nada.

—Bueno, hijo mío, pues habla algo más, porque me da pena verte así callado.

—Sí, mamá, yo hablaré, no la aflija á usted eso...